

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administración: Saavedra Fajardo, 15.

MARTES 19 DE NOVIEMBRE DE 1901

✠
D. O. M.
EL SEÑOR
Don Pedro Lozano Belda
HA FALLECIDO
el 18 del actual, en la villa de Fortuna, á los 78 años de edad
DESPUÉS DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS
R. I. P.
Sus desconsolados hijos D.^a ISABEL, D.^a MELCHORA, D.^a MARIA,
D.^a JOSEFA y D.^a FRANCISCA, hijos políticos D. JUAN GOMARIZ LOZANO,
D. FRANCISCO CARRILLO GARCIA, D. TRINIDAD GOMARIZ y
D. FELIX LOPEZ CAPARRÓS, nietos, hermanos, sobrinos, primos y
demás parientes y amigos;
Participan á sus numerosos amigos tan sensible pérdida y le ruegan le tengan presente en sus oraciones por lo que le quedarán eternamente agradecidos.
Fortuna 18 de Noviembre de 1901.

A demostrarlo

Hace cuatro días advertimos al Sr. Gobernador que, habiendo transcurrido el periodo electoral y juzgándole horro de los múltiples cuidados que supone aquél para un gobernador celosísimo del triunfo de su partido, nos parecía muy del caso se dedicara á corregir algunas impurezas, por no darles otro calificativo, que se notan en esta provincia y son objeto de las habillitas populares y las recriminaciones de los maliciosos.

A pesar de nuestro aviso (que suponemos no habrá llegado á noticias de nuestra primera autoridad civil), no se adopta ningún acuerdo que demuestre no han caído en un saco roto nuestras advertencias y la gente sigue entretenida comentando hechos, no muy edificantes ciertamente, sin que se procure demostrar se debe la tolerancia relativa de las autoridades más á negligencia sensible que á oscuros manejos de los caciques, protectores decididos de cuanto pugna con la razón y la justicia.

Públicamente se comenta lo que haya de raro en la administración de los intereses de ciertas lánimas de propios del Municipio de Cartagena, y aunque nosotros hayamos escrito con gran copia de datos acerca del asunto y solicitado en varias ocasiones del Sr. Moral, se gire una visita de inspección al Ayuntamiento de la ciudad vecina, no hemos tenido la fortuna de que el Sr. Gobernador abunde en nuestro parecer, aunque se trata de 250.000 pesetas aproximadamente y de asuntos de administración en los cuales no debe haber penumbras de ningún género.

Nosotros no queremos creer haya en este asunto quien se interese en que los maliciosos continúen dirigiendo cargos gravísimos á varias y muy importantes personas, y juzgamos se deban del silencio, la actitud nebulosa del Sr. Gobernador á la ignorancia del asunto aquí tratado, y por si fuera así, volveremos á solicitar nuevamente

se envíe un delegado á Cartagena, porque es preciso saber á qué atenemos en lo tocante á esos miles de pesetas, cuyo paradero se ignora, según parece y á cuya busca y captura deberá procederse, si cuanto se dice es cierto.

Esperamos que nuestra primera autoridad civil sacuda el sopor que le ha producido la cuestión del pimiento sin aceite y vuelva por los fueros de su apellido, juzgando que ya no es hora de dilaciones; debe averiguarse, sin que pueda caber género alguno de duda, cuanto haya en este asunto, del cobro de intereses de las lánimas y sepan así todos si al dirigirse determinados cargos á varias personas se procede muy de ligero ó si efectivamente, es indispensable intervengan los tribunales de justicia para depurar las responsabilidades subsiguientes.

No quisiéramos padecer alguna equivocación asegurando procederá como se debe el señor Gobernador, pues su rectitud y energía no permiten esperar otra cosa, pero si nuestras leales advertencias fuesen desatendidas, como no esperamos, no hemos de transigir con que el pueblo ignore como se administran sus intereses y llamaremos la atención á quien corresponda: si aún no tuviéramos la fortuna de que se nos atendiese, no faltará en el Congreso quien hable claro y averigüe cuanto no se logra averiguar en Murcia.

Al Sr. Gobernador le consta que Murcia aprecia como es debido sus dotes de rectitud y energía y suponemos no quedará seguir por el mal camino emprendido en el asunto del pimiento. Murcia confía en que el Sr. Moral procederá como su apellido exige. Ahora á él atañe demostrar que no se engaña.

SÓNICA LA CORTESANA

Novela arqueológica de V. Blasco Ibáñez.—Un tomo en 4.º—Centro editorial de F. Sempere. Valencia. 3 pesetas.

Regojense en buen hora los españoles de pura casta quienes no han perdonado todavía á nuestros vecinos del norte la jagarreta del 2 de Mayo;

alguna vez habíamos de sacarles alguna ventaja á los señores franceses en las lides del ingenio, más gloriosas, acaso que, otras más del gusto de los españoles. «Salambó» y «Thais», ataviadas hoy día á la española, tienen ya una flamante compañera, cuyas gracias las harían morir de celos, si los hijos de España, galantes como nadie y exagerados cual ninguno, no pusiéramos sobre las niñas de los ojos á las extranjeras, aun siendo, cual semejantes cortesanas, inferiores en garbo y hermosura á las hijas de tierra española ó de padres españoles, que para el caso es lo mismo.

Españolísima (aunque chipriota de origen) es «Sónica la cortesana» é incomparablemente más bella que la empedatada «Salambó» y la tornadiza «Thais» y ello debe de tener loco de contento á Blasco Ibáñez, cuya prole literaria, bastante crecida á lo presente es merecedora del mayor aprecio, no tanto por la cantidad como por la calidad, inmejorable casi siempre.

Aun perfuma el ambiente literario el penetrante olor de los azahares, cómplice de Rafael en el vencimiento de la gallarda Eleonora; aun vibra en nuestros oídos el salvaje «ototo» de la Walkyria enamorada, que sueña con vivir la vida de los amantes, entre naranjos; y ya resuena armoniosa y dulce la voz de la antigua dieteriada hablando de amores al ateniense Acteón; nace á la vida del arte Sónica la rica, adorada por los monesterosos de Zazintho; Sónica la cortesana, apotecada por la juventud saguntina. ¡Qué ductilidad de talento más asombrosa! ¿Quién pensara que Blasco el artista es el mismo Blasco, ardiente campeón de la república, alma de los paladines de la libertad en la Atenas española y fogoso orador de las reuniones populares?...

No intentará mi pecadora pluma seguir al amañado novelista en sus excursiones, desde que el griego Acteón sienta el pié en Sagunto, conducido por la «Victoriata» del piloto Polyantho, y le acoje con ternura conmovedora la pobre hetaira, la humilde hija de Afroditá, Bachis la toba, hasta que el corcel, negro como la noche, del caudillo cartaginés planta su duro casco sobre el pecho del ateniense, en la última noche de Sagunto romana... ¿Qué desdeseo para más hábil pluma, que yo he de conformarme con exteriorizar mis impresiones de lector, sin entrometerme en el campo de la crítica, á más altos ingenios reservado.

No habría de resultar como ha resultado hermosa de todo punto (aunque con un toque de otro lunar insignificante), «Sónica la cortesana» y la magnitud del empeño fuera título de gloria bastante para Blasco Ibáñez, al atreverse á componer una novela del género de esta su última producción, que por desenvolverse en época tan distante de la actual, presenta, no corto número de escollos, si no ha de prescindirse de la historia, no muy amena ciertamente, y la propiedad del lenguaje, difícil de conseguir en absoluto; barreras contra las cuales se han estrellado noveladores de mérito sobresaliente.

Blasco sortea admirablemente los impedimentos del camino y logra arribar, con el laurel de la victoria, á la cumbre ansiada, llevando como compañeras á dos inestimables, la Verdad y la Hermosura. Si, como luego se dice, puede sacarse por el hilo el ovillo, juzgue el lector qué promete una tan finísima hebra como la pintura de la hostería de Sagunto, donde se ven:

«Soldados romanos con su coselete de escamas de bronce; la corta espada pendiente del hombro y á sus pies el casco, rematado por una cimera de rojas crines en forma de cepillo; remeros de Marsella casi desnudos, con el cuchillo medio oculto entre los pliegues del trapo anudado á los riñones; marineros fenicios y cartagineses con ancho pantalón, alto gorro en forma de mitra y pesados pendientes de plata; negros de Alejandría, atléticos y de torpes movimientos, enseñando al sonreír sus agudos dientes, que hacían pensar en espantosas espinas de antropofagia; celiberos ó iberos de sombría y enmarañada cabellera, mirando recelosos, á todos lados y llevando instintivamente la mano á la ancha cuchilla; algunos hombres rojos de las Galias, con luengos mostachos y las encendidas crines anudadas y caídas sobre el cogote; gente, en fin, llevada y traída por los azares de la guerra y del mar.,

sin más religión que la de la espada y los músculos; llevando en las heridas que cubrían sus cuerpos, en las largas cicatrices que surcaban sus músculos, en las orejas cortadas cubiertas por las sucias greñas, un pasado misterioso de horrores.»

¡Qué pintura más deliciosa la de la antigua Mirrina, la apasionada Sónica que con tanto fuego se entrega á los deleites del amor como sucumbe en la noche fatal del acabamiento de Sagunto, iluminada por los fulgores de la colosal hoguera y lidiando con la valentía de un legionario!

¡Qué muerte más trágica la de Asbyte, la bella amazona, cuando la inquieta el gigantesco sacerdote de Hecales, de un golpe dado con su formidable clava!

¡Cuánta poesía la del apacible idilio de Ranto y Eroción!... ¿Y á qué seguir? Si fuese á enumerar las bellezas del libro, no acabaría nunca, ni aun ayudándome *Eufobias el parásito*, maestro en descripciones.

Algunos lunares, afean un poquillo tanta hermosura: ¿A qué decir «mirando Sagunto desde lejos», «conoces Roma», «los galos incendiaron Roma», si la preposición á tiene en tales locuciones legítimo asiento? «Acaparaban lo que podían» tal vez horrorizase á un académico, pues los señores de la Espiñola mardan usemos «monopolizar» y no acaparar. «Hamílcar, Hasdrúbal y Hannibal» parecerán á muchos de muy fea catadura con esa hache que se les encasqueta. Mas no sigamos; si hasta el sol tiene manchas ¿cómo no ha de tener un *pero* cualquier obra de arte hija del hombre? Con lunarecillos y todo, es hermosa, incomparable, «Sónica la cortesana»; y los españoles gustarán tanto de ella como Similón el poeta, Bomaró el navegante, Lácara el débil, Alorco el guerrero y Acteón el ateniense, quien como los héroes de Homero es rey en un país y mendigo en otro...

Augusto Vivaro

RAPIDA

Ante nuestra vista todo aparece obscuro; salpicaduras rojas festonean la téntrica lóbrega del negro manto que se destaca allá lejos, muy lejos, en el fondo. ¿No habéis reparado en ese obscuro? ¿No?... Ese es nuestro porvenir; el porvenir de España que avanza cautelosamente; como si temiera cogernos prevenidos... se acerca con sigilo porque nos quiere dormidos, en cuantos en el marasmo que ha tiempo nos cohibe, y hacer presa en nosotros cuando mayor sea la indiferencia... Cuando el caudillo «No importa» figure á nuestro frente. Ese es el momento que espera y ansía. ¿Veis esa mole negra que avanza tan cautelosamente que apenas se nota? ¿La veis? Esa es la mayoría de edad de nuestro momento; que avanza, avanza, sin que el pueblo se dé cuenta de esa proximidad, sin hacer nada por alejar el obscuro manto que viene en suelto el que, pronto nos ha de regir. No veis que el momento se acerca?... Ved las manchitas rojas; se agrandan por instantes, se agrandan, desaparecen; aparecen de nuevo; se agigantan... ya todo el inmenso paño trocó su color primitivo, ahora detiene nuestras miradas un manito de color muy vivo, cual si fuera sangre. Se adelanta; ya se acerca; casi le tocamos. Pero ¿qué, no le deteneis? Desgraciados... No fué nada el crepúsculo; ahora queda todo negro, muy negro, cual las liguéres bóvedas del infierno; las mismas pintitas rojas lo adornan. ¡Qué téntrico es todo! ¡Y qué malo es sentirse poeta!...

EL PIMIENTO MOLIDO

En «El Diario» de hoy hemos leído con gusto un remitido, firmado por gran número de especuladores en pimiento molido, en el cual, en razonada exposición, se solicita del Sr. Gobernador civil de la provincia se autorice la adición de aceite al pimiento.

Las razones aducidas por los firmantes del citado documento son todas muy atendibles y debe reparar en ellas el Sr. Moral, si no quiere producir daños irreparables á gran número de pobres hijos del trabajo.

Dicen bien los especuladores. «Somos más de mil negociantes en este producto y aunque por punto general casi todos, ó mejor dicho, todos somos pobres, tenga V. S. en cuenta que con

nuestra sencilla industria amparamos á más de seis mil braceros que hoy, con la prohibición de la citada mezcla, se encuentran sumidos en la miseria por la falta de recursos.

No crea V. S. que pretendamos retrotraer las cosas á su antiguo ser por ejercer engaño ni por tener un medio de adulterar este género, no es esto, Sr. Gobernador, puesto que aquí en Murcia no se adultera este artículo y quien lo contrario diga, en descrédito de un artículo que tanto vale, debiera de probarlo antes que decirlo.

Es, Sr. Gobernador, que tenemos, en virtud de haber cumplido su disposición, más de cuarenta mil arrobas de pimiento sin aceite sin poderlo vender, á pesar de ofrecerlo ocho reales menos en arroba del precio que nos cuesta de compra y gastos.

Es, Sr. Gobernador, que los puntos consumidores y con especialidad las plazas de América, no quieren los pimientos sin el color acostumbrado y vemos por consiguiente, una ruina sobre nosotros y sobre toda nuestra huerta.

Es que aun en la hipótesis de que el pimiento se vendiera lo mismo de una que de otra manera, llevamos en ventaja dos millones de pesetas que ocasionan las faenas de la adición del aceite con los trabajos de tostar, eribar, mezclar, portear, moler y pasar por la piedra, cuyos dos millones se reparten entre diez mil familias pobres de esta región.

Es que la diversidad de clases que hoy ofrece el comercio de buena fé para estimular el consumo, se confectioanan con el auxilio del aceite, constituyendo un trabajo impropio para el exportador y un medio para que nosotros, más pobres que aquellos, nos ganemos el sustento de nuestras familias proporcionándoles las clases que necesitan.

Es, Sr. Gobernador, que auguramos con esta prohibición una segunda ruina para la cadena de exportadores, especuladores, braceros y cosecheros, aun cuando fanatizados estos últimos por las sentidas frases de la prensa, buscan, como hemos dicho, una ruina para ellos y una perdición para nosotros.»

Repare el Sr. Moral en todo cuanto antecede y juzgue si puede, en conciencia, seguir perjudicando á la producción murciana y á cuantos de la industria del pimiento viven. Peor para él si no cambia de modo de pensar.

Nuestra palomita

Entretenida en reunir los datos convenientes para que el Papa Negro no se salga con la suya de irse de rositas, ya que anda de pasteleos por varios sitios, no he podido hacer en estos días mis acostumbradas expediciones.

También estoy muy atareada coleccionando noticias, de por esos pueblos, que me son remitidas por las mensajerías, y han de admirar á muchos. No obstante, abandono hoy estos quehaceres para ir de visita á casa del Poncio, ya que no he ido por allí hace tiempo.

Con el Poncio estaba Cascaeruja, tan a narillento y bilioso cual de ordinario; también andaban por allí Pardico y el Abuelo, quienes discutían apaciblemente, acerca de la definitiva rotura del pacto, ya que cada uno vá á sacar lo suyo y nadie rehuye la lucha.

—Yo decía muy compungido el Abuelo—quiero muy de veras á Huevos Motes y lamento en el alma su disgusto para con nosotros. Cascaeruja y el Trucha no piensan lo mismo; ellos quieren vivir al día y no reconocen amistad ni nada que les impida hacer su conveniencia.

—Malo, malo—contestó Pardico— aquí vivíamos tranquilos en admirable concordia y todo se lo lleva la trampa. ¿Qué opina V., amigo Poncio?

—Hombre, lo siento, mas como he de irme pronto...

—¡Irses ustedi! clamaron llenos de asombro los interlocutores.

—Sí, señores. He recibido una carta de la cual se desprende desea Gonzalez vaya á servir de secretario al Poncio barroso de Madrid.

—¿Y quién viene, quién?...

—Esto, me lo reservo para decirselo á la paloma, con la que he de celebrar una conferencia muy detenida mañana. ¿Es cierto, paloma?

